

EL CABALLERO DESNUDO

Sally MacKenzie



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: The Naked Gentleman
Traducción: Puerto Barrietabeña Diez

- © 2008 Sally MacKenzie. Reservados todos los derechos
- © 2009 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2009 por la traducción Puerto Barrietabeña Diez. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Marzo 2009

ISBN: 978-84-92688-07-4

Depósito Legal: M-8839-2009

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Gran Vía de Carlos III, 84
Entresuelo 3ª
Barcelona 08028
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

EL BESO

Meg se contentó con dedicarle la mirada más furibunda de la que fue capaz.

—A riesgo de repetirme, señor Parker-Roth, ¡váyase!

—Y a riesgo de que sea yo quien se repita, señorita Peterson, no. No voy a irme ni a permitir que se quede aquí sola en el jardín.

De verdad, de verdad que tenía ganas de darle una patada.

—Señor, usted no es mi guardián...

—Maldita sea, mujer. —El señor Parker-Roth subió las manos con las que la agarraba hasta sus hombros—. Alguien tiene que ser su maldito guardián y no veo una cola de personas aquí delante, clamando por tal honor.

—Yo no necesito ningún guard...

Ese hombre irritante había cubierto su boca con la suya.

Capítulo 1

El vizconde Bennington besaba terriblemente mal.

Meg tuvo que reprimir un suspiro. Qué lastima. Ella estaba dispuesta a pasar por alto sus crecientes entradas, su nariz demasiado larga y su más que frecuente petulancia, pero esto era demasiado. ¿Cómo podría casarse con un hombre cuyos labios parecían dos gordas babosas? En ese momento se deslizaban dejando un rastro húmedo sobre su mejilla en dirección a su oreja derecha.

Tendría que tacharlo de su lista de potenciales pretendientes.

Aún así, él tenía una de las mayores colecciones de plantas de toda Inglaterra. Y ella adoraría con toda su alma tener acceso diario a toda esa riqueza botánica.

Las babosas habían cambiado de rumbo y ahora se dirigían a su mandíbula.

¿Cuánta importancia podía tener la manera de besar? Después de todo, solo una pequeña parte de la vida matrimonial estaba dedicada a las artes amatorias. Y era posible que el vizconde Bennington tuviera una o dos amantes. Sólo acudiría en su busca para engendrar un heredero. Y una vez que hubiera cumplido con esa tarea, él la dejaría en paz.

Podría hacerlo. No sería la primera mujer que sufría las actividades propias del tálamo nupcial quedándose tum-

SALLY MACKENZIE

bada y quieta y pensando en el futuro de la patria. Podría pasar el tiempo catalogando mentalmente los extensos jardines de Bennington.

Sus labios se dirigieron a un lugar tras su oreja. Iba a necesitar un pañuelo para secarse la cara cuando él terminara de besuquearla.

Inspiró hondo, pero se detuvo cuando tenía los pulmones solo medio llenos.

Él despedía olor, un hedor que resultaba bastante pronunciado en ese espacio tan reducido. Afortunadamente, sólo era unos centímetros más alto que ella, así que no se veía obligada a tener la nariz enterrada en su chaleco.

Y tendría que tener una conversación con su ayuda de cámara sobre el estado de su ropa. Se veía una fina línea de suciedad en el cuello de la camisa y en el pañuelo.

¡Agggg! Acababa de meterle la lengua en la oreja.

Eso era demasiado. Aunque fuera el propietario del Jardín del Edén, ella tendría que eliminarlo de su lista de posibles maridos.

—¡Milord! —Le empujó el pecho escuálido.

—¿Sí? —Su boca bajó hasta la base de su cuello y se fijó allí como una sanguijuela.

—Lord Bennington, por favor. —Volvió a empujarle. Ninguno de los otros hombres con los que había estado entre los arbustos había sido así de insistente—. Creo que debería detenerse... ¡Eh!

Las manos de él habían bajado hasta sus caderas y tiraban de uno de sus muslos. Ella pudo sentir un escandaloso bulto en sus pantalones.

Lo empujó con más fuerza, pero era como si estuviera empujando un muro de piedra. ¿Quién habría pensado que un hombre tan bajo y esmirriado podría resultar así de inamovible?

—Milord, me está haciendo sentir incómoda.

Él presionó el bulto con más fuerza contra ella.

EL CABALLERO DESNUDO

—Y usted me está haciendo sentir incómodo a mí, querida. —Su voz sonaba extrañamente ronca. Su boca volvió a entrar en contacto con su piel y le mordió el hombro.

—¡Ay! Deténgase.

Ese hombre era un vizconde. Un caballero. No sería capaz de hacer nada indigno en el jardín de lord Palmerson, a sólo unos metros de un salón de baile lleno de gente, ¿verdad?

Pero él no se había detenido. Ahora le estaba lamiendo el lugar que le había mordido. Asqueroso.

—Milord, ¡vuelva a llevarme con lady Beatrice en este mismo instante!

Él gruñó y su boca volvió a su garganta.

¿Debería gritar? ¿Podría oírla alguien, a pesar de la música? Si esperaba al silencio entre dos piezas... Tal vez otra pareja también hubiera elegido pasear aprovechando el aire fresco de la noche y pudieran acudir en su ayuda.

Lord Bennington le acarició la oreja.

—No se alarme, señorita Peterson. Mis intenciones son totalmente correctas.

—¿Correctas? Yo... —Meg hizo una pausa—. ¿Con correctas quiere decir que incluyen el matrimonio?

—Por supuesto. ¿Qué es lo que creía usted?

Qué creía ella... Sí, él era bastante desagradable, ¿pero realmente un poco de suciedad y algunas babas lo descartaban por completo para ser considerado un marido potencial? Ése era su objetivo: estar casada, o al menos comprometida, antes de que acabara la Temporada. Y había transcurrido apenas un mes y allí estaba ella, a punto de oír una proposición respetable (aunque no muy brillante). ¿La hija de un párroco de iglesia pescando a un vizconde? Las lenguas viperinas de la sociedad tendrían que trabajar al doble de su ritmo normal para hacer correr los cotilleos con la noticia.

Y él tenía todas esas maravillosas plantas. Un invernadero, un jardín en Londres y muchos acres de vegetación en Devon.

SALLY MACKENZIE

Y, realmente, ¿cuántas veces tendría que aguantar sus atenciones si se casaba con él? Papá y Harriet estaban muy unidos, y su hermana y su amiga Lizzie pasaban mucho tiempo con sus maridos, pero la mayoría de los matrimonios de la alta sociedad apenas se veían. Si tenía suerte, concebiría pronto, quizá incluso en su noche de bodas. Y después de eso, ella y Bennington podrían hacer vidas separadas.

Ella podría soportar algún que otro momento de incomodidad para conseguir la llave de su invernadero, ¿verdad? No había nadie más que poseyera tal riqueza botánica. Bueno, nadie excepto Parks... el señor Parker-Roth, pero él no estaba en absoluto interesado en casarse con ella.

Se humedeció los labios. ¿Sería capaz de decirle que sí? Ya era hora de que se casara. Quería una casa que fuera suya. Un jardín. Hijos.

¿Hijos con la superlativa nariz de lord Bennington?

—Milord, yo no...

—Vamos, señorita Peterson, no le van a hacer ninguna otra proposición. Seguro que es consciente de ello.

—¡Lord Bennington! Puede que usted sea vizconde, pero eso no le da derecho a insultarme.

—Los demás hombres no han mencionado la palabra matrimonio, ¿a que no?

—¿Los demás hombres? —¿Se había fijado él en sus excursiones tras los arbustos? Seguro que no. Ella había sido discreta—. No sé a qué se refiere. He venido aquí con usted porque pensé que, como compartimos la afición por la horticultura, dar una vuelta por el jardín de lord Palmerson en su compañía podría resultar estimulante.

Él se rió y movió la cadera. El irritante bulto se le clavó.

—Muy estimulante.

Sí, algo se había visto estimulado. Quién iba a pensar que un hombre tan bajo iba a tener algo tan grande...

—Milord...

EL CABALLERO DESNUDO

—A este ritmo, señorita Peterson, le va a resultar más fácil perder su reputación que conseguir un marido. Los hombres hablan, seguro que es consciente de eso.

Qué suerte que el jardín estuviera oscuro. Meg sintió que le ardían las mejillas. ¿No estaría él pensando que...?

—Lord Bennington, le aseguro que...

—Oh, ya sé que no ha hecho nada más que intercambiar unos cuantos besos. Lord Farley dijo que usted era algo inexperta, así que presupongo que él fue el primero para usted... ¿Lo fue?

—¡Lord Bennington, por favor...! Me gustaría volver al salón de baile ahora mismo.

—Supongo que, dada su avanzada edad, usted tendrá cierta curiosidad. —Él rió—. Tal vez incluso esté algo desesperada también.

—Milord, sólo tengo veintiún años.

—Claro. Bastante pasada ya la edad en la que se espera pescar un marido, ¿no?

—En absoluto.

—Vamos, Margaret. Puedo llamarla Margaret, ¿verdad? Creo que ya nos conocemos lo suficiente para dejarnos de convenciones decorosas.

Su mano izquierda aterrizó sobre su corpiño.

Ella le agarró la muñeca. No sabía cómo, pero él había conseguido librarse de los guantes.

—No, ciertamente no nos conocemos lo suficiente.

—Vamos, sólo está sufriendo los miedos propios de una señorita, querida. —Sus dedos rozaron las crestas de sus pechos.

—¡Lord Bennington!

—Llámeme Bennie. Todos mis íntimos me llaman así.

—No podría. Aparte las manos inmediatamente.

Él las movió hasta colocárselas en los hombros.

—Yo tengo treinta y seis. Ya es hora de que vaya pensando en engendrar un heredero. Su familia es respetada

SALLY MACKENZIE

ble. Su padre está emparentado con el conde de Landsdowne, ¿verdad?

—Es el tío del conde de Landsdowne, pero el conde no tiene ninguna relación con nosotros. —Miró entre las hojas hacia la luz resplandeciente. ¿Había visto algún movimiento entre las sombras? Esperaba que hubiera alguien en las cercanías para ayudarla si fuera necesario.

Los dedos del vizconde le acariciaron la piel. Apretó los dientes.

—Pero su hermana es la marquesa de Knightsdale. Y estoy seguro de que ella sí se preocupa por usted. ¿No fue ella quien la crió al morir su madre?

—Sí. El salón de baile, milord. Ya es hora de que volvamos. —La palma de la mano de él estaba desagradablemente húmeda.

—Y la condesa de Westbrooke es una buena amiga suya.

—Sí, sí. —¿Es que ese hombre había hecho un estudio de todas sus conexiones sociales?—. El salón, lord Bennington. Por favor, acompáñeme hasta el salón de baile. Si quiere seguir hablando de mi familia, sigamos haciéndolo allí.

—Y tanto el conde como el marqués son muy amigos del duque de Alvord... De hecho, el conde es primo de la duquesa.

—Lord Bennington...

—Me gustaría estar relacionado con todo ese poder y riqueza. Cualquiera de esos hombres podría financiar una expedición a las junglas de Sudamérica sin pensárselo mucho.

—¿Junglas? ¿Sudamérica? —¿Había perdido la cabeza ese hombre?

—Quiero enviar a hombres de mi confianza en busca de plantas exóticas, Margaret.

—Ya veo. —A ella también le gustaría hacer eso, pero era claramente imposible—. Una expedición como esa que describe es muy cara. El señor Parker-Roth me decía que...

La mano de Bennington le apretó el hombro con fuerza.

—Milord, me está haciendo daño.

EL CABALLERO DESNUDO

—¿Conoce a Parker-Roth?

—Un poco. Lo conocí en una fiesta campestre el año pasado. —Meg cambió de postura—. Por favor, lord Bennington, me va a dejar un cardenal.

Él aflojó los dedos.

—Mis disculpas. No puedo soportar a ese hombre. Es vecino mío. Se pasa la mayor parte del tiempo en el campo.

—Ah. —Así que ésa era la razón por la que no lo había visto en Londres... Aunque tampoco es que ella lo hubiera estado buscando, claro.

—La forma en que todo el mundo se dedica a adularlo cuando asiste a alguna reunión de la Sociedad de Horticultura es muy desagradable. Tiene mucho dinero y puede mandar a su hermano a viajar por todo el mundo en busca de especímenes botánicos.

—Ya veo. —La fuerza de las manos de lord Bennington había decaído. ¿La dejaría ir ahora?—. ¿Por qué no volvemos al salón ahora, milord?

—Pero no me ha dado una respuesta.

—¿Respuesta?

—Sí. ¿Quiere casarse conmigo o no?

Lord Bennington la miraba y fruncía el ceño. Todas las señales de pasión habían desaparecido. En ese momento le resultó muy fácil tomar la decisión.

—Lo siento mucho, milord. Soy plenamente consciente del gran honor que me hace, pero créame cuando le digo que usted y yo no encajaríamos.

El ceño se hizo más profundo.

—¿Qué quiere decir con que no encajaríamos?

—Que no... encajaríamos. —¿Qué quería ese hombre que le dijera? ¿Que ella creía que era un bruto desagradable y que había cometido un grandísimo error de juicio al molestarle siquiera en dirigirle la palabra?

—¿Me ha traído a este jardín oscuro para rechazar ahora mi proposición?

SALLY MACKENZIE

—Yo no esperaba que me propusiera matrimonio, milord.

—¿Y qué tipo de proposición esperaba? ¿Es que lo que está buscando es una aventura?

—¡Milord! ¡Por supuesto que no! No esperaba que me hiciera esa proposición precisamente ahora. Quiero decir, que no esperaba que me propusiera nada... ninguna proposición de nada. Simplemente quería dar una vuelta por el jardín.

—Señorita Peterson, yo no nací ayer. Usted me atrajo hasta este rincón oscuro por alguna razón. ¿Fue simplemente para conseguir algún beso robado? ¿O es que está ansiosa por lograr cierta actividad amorosa?

—¡Lord Bennington! —¿Había dicho ese hombre la palabra «amorosa» refiriéndose a ella?

—No le voy a permitir que me utilice para satisfacer sus urgentes necesidades.

¡Necesidades! La única necesidad que ella sentía era la de volver a la luminosidad y la cordura del salón de baile.

El vizconde estaba ya considerablemente agitado. Ella no había previsto una reacción como ésta. Los demás hombres se habían mostrado muy amigables en cuanto ella les proponía volver al interior.

—Usted fue quien decidió venir al jardín conmigo, así que ahora tendrá que pagar su precio —dijo lord Bennington prácticamente entre dientes—. Cuando haya terminado, sus parientes y amigos ricos me suplicarán que me case con usted.

—Lord Bennington, sea razonable. Usted es un caballero.

—Soy un hombre, señorita Peterson. Seguro que su hermana le ha advertido que es muy poco recomendable estar a solas con un hombre en un lugar apartado.

Emma le había advertido muchas cosas, pero tal vez debería haber escuchado esos consejos en particular. Al menos esta vez se libraría de la reprimenda de Emma, ya que su hermana estaba cómodamente instalada en su casa de Kent con sus hijos. Si conseguía librarse de Bennington podría hacer como si no hubiera pasado nada. Había aprendido la lec-

EL CABALLERO DESNUDO

ción. No volvería a hacer visitas a ningún rincón oscuro rodeado de arbustos.

El vizconde metió las manos entre su pelo, deshaciéndole el peinado y mandando horquillas por el aire en todas direcciones. El cabello le cayó en cascada sobre los hombros.

—Lord Bennington, ¡haga el favor de parar inmediatamente!

Él gruñó. Tenía las manos de nuevo sobre su corpiño. Ella levantó la rodilla bruscamente, pero falló el blanco.

—¿Quiere jugar a eso, eh?

—Milord, voy a gritar.

—Hágalo, por favor. El escándalo resultará delicioso. ¿Cuánto cree que pagará el marqués para que no trascienda?

—Nada.

—Oh, señorita Peterson, es usted una ingenua.

Apretó su boca contra la de ella, obligándola a abrir los labios. Su lengua se le coló entre los dientes como una serpiente, hasta correr el riesgo de acabar ahogada. Ella hizo lo único que se le ocurrió en aquel momento.

Cerró la boca y mordió con todas sus fuerzas.

John Parker-Roth (Parks para sus amigos y conocidos) escapó del calor y el ruido del salón de baile de lord Palmerson para salir a la fresca tranquilidad del jardín.

Gracias a Dios. Aún podía oler el hedor de Londres, pero al menos ya no se estaba ahogando con la nauseabunda mezcla de perfume, fijador, aire viciado y sudor que cargaba el ambiente del interior. La razón por la que su madre quería verse sometida a ese tipo de aglomeraciones de gente era algo que escapaba a su imaginación.

Escogió un sendero al azar. El jardín de Palmerson era grande comparado con los estándares de Londres. Si se abstraía de la cacofonía de música y conversación que se escapaba de la casa y del clamor general que llegaba de la calle, casi podía imaginarse que estaba de nuevo en el campo.

SALLY MACKENZIE

Casi. Maldita sea. ¿Habrían llegado ya las plantas que envié Stephen? Debería estar en casa para recibir las. Si habían hecho todo el viaje desde Sudamérica para acabar muertas en el Priorato mientras esperaban a que las desembalaran... No podía soportar ni siquiera la idea.

¿Seguiría MacGill sus instrucciones al pie de la letra? Se las había escrito con todo detalle y había repasado cada uno de los puntos con él, pero ese escocés testarudo siempre creía que llevaba la razón. En realidad, la mayor parte de las veces así era. MacGill era un jefe de jardineros condenadamente bueno, pero, aún así, esas plantas necesitaban que se las tratara con mucho cuidado.

Quería estar allí en persona. ¿Por qué había insistido su madre en arrastrarlo a Londres precisamente ahora?

Resopló. Sabía perfectamente por qué: la maldita Temporada. Ella había dicho que era para reponer los suministros de pintura y poder charlar con sus amigos artistas, pero eso no había conseguido engañarlo. Quería que encontrara una esposa.

Había oído que Palmerson tenía un buen ejemplar de *Magnolia grandiflora*. A ver si lo encontraba. Con suerte estaría en el rincón más alejado y oscuro del jardín. No soportaría que de repente apareciera su madre en su busca, arrastrando tras de sí a la última candidata para el matrimonio que acabara de encontrar.

¿Por qué demonios no podía aceptar el hecho de que él no quería casarse? Se lo había dicho miles de veces. ¿Tan difícil de entender era?

Aparentemente, sí; él hacía una mueca de desagrado y entonces ella suspiraba, y cada vez que lo miraba fruncía el ceño de esa forma preocupada.

Apartó la rama colgante de una parra. Lo curioso era que él no tenía necesidad de casarse. No tenía título para que lo heredaran sus descendientes. El Priorato podía pasar a Stephen o a Nicholas, eso si es que su padre no les sobrevivía

EL CABALLERO DESNUDO

a todos. Él se sentía muy feliz con su vida. Tenía su trabajo, es decir, sus plantas y sus jardines. Tenía una viuda complaciente en el pueblo, aunque no es que la visitara con frecuencia. Francamente, disfrutaba más trabajando en los parterres de rosas que en la cama que Cat le mantenía caliente en el pueblo. Las rosas daban menos problemas.

No, una esposa sólo sería una molestia.

Maldita sea, ¿qué se estaba moviendo tanto tras esos arbustos? Eso era lo que le faltaba para completar la velada: toparse con alguna pareja haciéndose arrumacos entre los arbustos. Se alejó como alma que lleva el diablo de la zona de vegetación sospechosa.

El problema era que su madre creía firmemente que el matrimonio era necesario para la satisfacción masculina. Inspiró hondo y dejó escapar el aire lentamente. Que Dios le diera paciencia. ¿Es que nunca abriría los ojos y miraría a su alrededor, a esos condenados salones de baile a los que le arrastraba? Puede que ella estuviera felizmente casada y que su padre estuviera satisfecho, pero la mayoría de los matrimonios no lo estaban.

No tenía ningún interés en caer en esa trampa que habían creado los curas. Tal vez si Grace hubiera...

No. No iba a alimentar una idea tan ridícula. Había tomado esa decisión años atrás. Grace había hecho su elección y estaba feliz. Lo último que había oído era que ella tenía ya dos hijos. La había visto en el salón de baile hacía un momento, riéndose con su marido al final de la última pieza.

El ruido que llegaba de los arbustos se hizo más alto. Maravilloso. ¿Los amantes estarían teniendo una pelea? Eso era lo último que quería presenciar. Simplemente...

—¡Zorra!

Dios Santo, era la voz de Bennington. Ese hombre tenía el temperamento del mismo demonio. Seguro que no...

—Milord, por favor. —La voz de la mujer demostraba miedo—. Me está haciendo daño.

SALLY MACKENZIE

Parks dio un paso adelante sin pensárselo dos veces.

No debía cundir el pánico. Bennington era un caballero.

Aunque ahora mismo pareciera un monstruo. La miraba fijamente con los ojos entornados, las ventanas de la nariz dilatadas y la mandíbula tensa. Sus manos le sujetaban con fuerza la parte superior de los brazos. Estaba segura de que sus dedos le iban a dejar cardenales.

—¡Eres una zorra!

—Milord, por favor. —Ella se humedeció los labios. El miedo hacía que le costase respirar. Él era mucho más fuerte que ella y el jardín estaba muy oscuro.

Era un vizconde, un noble, un caballero. No sería capaz de hacerle daño, ¿verdad?

Nunca había visto a un hombre tan furioso.

—Me está haciendo daño.

—¿Haciéndote daño? ¡Ja! Yo te enseñaré lo que es hacer daño.

La sacudió tan fuerte que su cabeza bailó sobre su cuello como si fuera la de una muñeca de trapo, y después tiró con fuerza del corpiño hacia abajo, rasgando la tela. Le agarró los pechos y los estrujó. El dolor era insoportable.

—Muérdeme ahora... ¿Quieres que yo te muerda en...?

Un brazo cubierto por una prenda bien confeccionada apareció alrededor de la garganta del hombre.

Éste emitió un sonido ahogado y la liberó para poder agarrarse a la manga de seda negra que le rodeaba el cuello.

—Desgraciado. —El señor Parker-Roth tiró de lord Bennington hacia atrás, obligó al vizconde a girarse y estampó un puño contra su mandíbula, lo que hizo que cayera de espaldas contra un acebo. Meg lo habría vitoreado si no hubiera estado tan ocupada intentando con todas sus fuerzas no llorar. Volvió a subirse el corpiño y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Parker-Roth. —Bennington escupió el nombre junto con algo de sangre mientras salía de la envoltura de la plan-

EL CABALLERO DESNUDO

ta espinosa—. ¿Qué demonios le pasa? La dama fue quien me invitó a acompañarla al jardín.

—Estoy seguro de que no le invitó a atacarla.

—Una mujer que se va por ahí sola con un hombre...

—No está pidiendo que la violen, Bennington.

El vizconde abrió la boca y luego la cerró de repente. La mandíbula se le estaba empezando a hinchar y tenía sangre en el pañuelo.

—Yo no iba a... No lo haría, por supuesto... Sólo perdí los estribos. —Miró a Meg—. Mis más humildes disculpas, señorita Peterson. Yo haré lo correcto con usted, por supuesto. Hablaré con su cuñado por la mañana y luego viajaré a Kent para ver a su padre.

—¡No! —Ella tragó saliva e inspiró hondo. Habló lentamente y con claridad—. No me casaré con usted. No me casaría con usted aunque fuera el último hombre de toda Inglaterra... No, ¡el último hombre del mundo!

—Pero, Margaret...

—Ya ha oído a la señorita Peterson, Bennington. Creo que ha expresado con claridad sus sentimientos. Ahora haga lo correcto y lárguese.

—Pero...

—Estaré encantado de ayudarle a encontrar la puerta de atrás... De hecho, sería un placer darle una patada en su miserable culo y sacarlo a la calle.

—Margaret... Señorita Peterson...

—Por favor, lord Bennington. Le aseguro que no hay nada que pueda decir que me haga reconsiderarlo y aceptar su proposición.

—Simplemente está algo impresionada. Tal vez me he mostrado demasiado vehemente.

—¿Tal vez? —Ella apretó los labios. No se iba a permitir tener un ataque de histeria allí, en medio del jardín de lord Palmerson.

SALLY MACKENZIE

Él frunció el ceño y después hizo una breve reverencia.

—Muy bien, me iré, si insiste. —Se volvió e hizo una pausa—. Le reitero mis disculpas más sinceras.

Meg asintió. Sí sonaba arrepentido, pero ella sólo quería que se fuera. Cerró los ojos mientras oía cómo se alejaban sus pasos. No era capaz de mirar al hombre que seguía de pie a su lado.

¿Por qué había tenido que ser Parks precisamente quien la encontrara en una situación tan embarazosa como aquella? ¿Qué estaría pensando de ella ahora?

Tal vez simplemente se fuera y la dejara morir en soledad. Sintió un suave contacto en la mejilla.

—Señorita Peterson, ¿se encuentra bien?

Ella sacudió la cabeza.

—Siento tanto que haya tenido que soportar las atenciones de Bennington... Usted no debería... Bueno, no es el tipo de hombre con el que debería... Tienen un carácter endiablado.

Eso era más que evidente.

—No puede volver al salón de baile así. ¿Quién es su carabina?

Ella se obligó a hablar.

—Lady Beatrice.

—Iré a traerla. ¿Estará bien si la dejo sola?

—Ss... sí. —Se mordió el labio. No iba a llorar... Bueno, no hasta que él se hubiera ido.

Él emitió un sonido extraño, una especie de exclamación breve que sonaba tanto a irritación como a resignación.

—Oh, por todos los cielos, venga aquí.

Sus manos le tocaron los hombros, instándola suavemente a acercarse a él. Ella se resistió sólo durante un segundo.

El primer sollozo se le escapó en el mismo momento en que su cara tocaba la tela de su chaqueta. Sintió que la rodeaban sus brazos, cálidos y seguros, y al mismo tiempo una

EL CABALLERO DESNUDO

de sus manos le tocó el pelo con suavidad. El gran nudo que le atenazaba el pecho se aflojó.

Volvió a sollozar, esta vez con más fuerza.

Parks reprimió un suspiro. La chica era la señorita Margaret Peterson; Westbrooke la llamaba Meg. La había conocido en la fiesta en casa de Tynweith la primavera pasada. Le había caído bien. Parecía bastante sensata y sabía mucho de diseño de jardines y de plantas en general. Había disfrutado hablando con ella.

Y mirándola.

Sí, bueno, había disfrutado mirándola. Era muy atractiva. Delgada, pero con curvas generosas en los lugares adecuados, los ojos de un marrón cálido con destellos dorados y verdes, y un cabello castaño y sedoso.

Enredó los dedos en ese cabello, masajeándole la nuca. Estaba a gusto con ella en sus brazos. Hacía mucho tiempo que no abrazaba a una mujer.

Demasiado tiempo, si lo que estaba empezando a sentir eran urgencias amorosas hacia una mujer que estaba lloriqueando contra el pañuelo de su cuello. Tendría que hacerle una visita a Cat cuando volviera al Priorato, justo tras echarle un vistazo al cargamento de plantas.

Le dio unas palmaditas en el hombro. Su piel era tan lisa, tan suave...

Dejó caer su mano hasta la seguridad de su espalda cubierta por el corsé.

¿En qué estaría pensando para salir al oscuro jardín de Palmerson con un hombre de la calaña de Bennington? ¿Es que ella no era lo que parecía? Al fin y al cabo había estado en la escandalosa fiesta en casa de Tynweith...

Pero se había comportado con una corrección perfecta allí. Había salido al jardín con él, pero siempre durante el día y sólo para hablar de alguna planta en concreto.

Ella hizo un ruido peculiar, una mezcla entre sorber por la nariz y un hipito.

SALLY MACKENZIE

—¿Está mejor, señorita Peterson?

Ella asintió, pero mantuvo la cabeza gacha.

—Tome... Use mi pañuelo.

—Gracias.

Todavía no se atrevía a mirarle a los ojos.

Él la estudió. Había suficiente luz para ver un esbelto hombro blanco que estaba completamente expuesto, al igual que la bella curva de uno de sus pechos...

Él apartó un poco la cadera para ahorrarle la impresión de la repentina atracción que había sentido.

Maldita sea, definitivamente llevaba demasiado tiempo sin una mujer.

—Siento ser tan llorona, parezco una regadera. Le estoy empapando la ropa.

—Acaba de sufrir una experiencia traumática. —Carraspeó—. Sabe que no debería encontrarse a solas con un hombre en una zona tan oscura como ésta, ¿verdad?

—Claro, por supuesto. —Se separó un poco de él—. Ninguno de los otros perdió los papeles de esa manera.

—¿Otros? ¿Es que ha habido otros?

Meg se sonrojó. Parks parecía escandalizado.

—No soy una debutante.

—No, pero es joven y no está casada.

—No tan joven. Tengo veintiún años.

Parks enarcó una ceja. Meg sintió una punzada de irritación. ¿Ese hombre la estaba criticando?

—Lady Beatrice no ha hecho ningún comentario sobre mi comportamiento.

Él enarcó la ceja aún más. De repente ella deseó arrancarle los anteojos, tirarlos al suelo y pisotearlos. Estaba cansada de que todo el mundo la mirara de esa forma.

—Oh, usted es igual que el resto de los desagradables y mojigatos brutos que hay en el salón de baile.

Giró sobre sus talones, dio un paso y... su pie tropezó con una raíz.

EL CABALLERO DESNUDO

—¡Ah! —Caía de cara contra el arbusto de acebo que había abandonado recientemente Bennington.

Unos brazos fuertes la sujetaron y tiraron de ella hasta apoyar su espalda contra la dura roca de su pecho. Ella se estremeció. El aire frío de la noche hizo que se le pusiera piel de gallina en los brazos y...

Ella bajó la mirada. Los pechos se le habían salido completamente del vestido.

—¡Oh!

—¿Qué ocurre?

—¡Cierre los ojos!

—¿Qué?

Oh, Dios, ¿era eso el sonido de zapatos sobre la grava? ¿Alguien venía en esa dirección! Tenía que esconderse.

Pero no había ningún sitio para esconderse. Se volvió y se apretó contra Parks. Tal vez Dios hiciera un milagro y la convirtiera en invisible.

Pero el Todopoderoso no estaba interesado en ayudarla aquella noche.

—¡Hoooolaaa! ¿Señor Parker-Roth...? ¿Es usted? No sabía que estaba en la ciudad.

—Ooooh. —Meg ahogó un quejido en el pañuelo de Parks. No podía ser... Por favor, lady Dunlee no... ¡La mayor cotilla de todo Londres!

Sintió que el brazo de Parks se apretaba a su alrededor. Su respuesta retumbó bajo su mejilla.

—Hace poco que he llegado, lady Dunlee. Buenas noches, milord.

—Buenas noches, Parker-Roth. Estábamos dando una vuelta por el jardín, pero... vaya... —Lord Dunlee se aclaró la garganta—. Yo, bueno, creo ya es hora de que volvamos al salón de baile.

—Sólo un momento. —La voz de lady Dunlee era aguda—. ¿Quién está ahí con usted entre los arbustos? No puedo verla.

—Querida, creo que hemos interrumpido al caballero.
Lady Dunlee bufó.

—Eso es obvio. La cuestión es: ¿qué es lo que hemos interrumpido?

Meg cerró los ojos. Se iba a morir de la vergüenza.

—Ésa es la señorita Peterson, ¿verdad? Realmente no tenía ni idea de que ustedes dos eran tan... amigos...